

## Fundamentos

# La cultura en los barrios

Pedro Trigo

### 1. LA INCULTURA DE LOS BARRIOS

#### Opinión Vigente

Hablar de la cultura de los barrios y las zonas populares que surgen de ellos sigue siendo paradójico en nuestro país. La opinión prevalente es aún que el barrio es el lugar de la incultura. Lo que de cultura puede haber en un barrio sería, según la estimativa vigente, una magnitud residual o un reflejo incomprendido y deformado. Sería lo que aún queda de la cultura campesina, desarraigado, desubicado y privatizado; y lo que refluye de la ciudad, que el barrio consume sin descifrar sus claves, como signo de identificación y prestigio. Según el sentir de la ciudad, la cultura en los barrios es una retórica postiza que no logra cubrir la desnudez, más aún la orfandad cultural de sus habitantes. Por eso referirse a la cultura de los barrios como a un fenómeno que brota de sus entrañas, como un producto genuino de sus moradores no pasa de ser una pretensión ridícula o una extravagancia, si no se reduce a la mirada generosa y alentadora del maestro a los balbuceos del neófito desmañado que se inicia torpe aunque lleno de ilusión.

#### Causas

Esta evidencia de la cultura establecida proviene de diversas fuentes. Una de ellas sería la dificultad que posee el heredero de un rico patrimonio de percibir algo que surge. Un gustador de estilos y formas que recibió ya hechas y nimbadas por el prestigio no suele volver la vista a lo que se crea desde sí mismo; la cultura como lo que se gusta entraña una actitud humana muy diversa a la de la cultura como lo que se gesta. Para la mayor parte de los venezolanos de la ciudad la cultura tiene que ver con la erudición (y el fastidio) y en el mejor de los casos con el disfrute, pero no con la creación. Al que carece de ese hábito no le resulta fácil descubrirlo en otros. Pero esta dificultad genérica llega a convertirse en imposibilidad si quien crea es el de abajo, es decir, el marginado del mundo moderno, el que carece no sólo de lo que torna a la vida digna y apetecible si-

no hasta de los elementos mínimos para perdurar en ella. Una cosa es que la carencia no sea culpable. Pero resulta obvio que quien se ve privado de lo imprescindible y vive a salto de mata en un medio inhóspito no puede dedicarse a poseer cultura (por eso es inculto); menos aún a producirla. Si no hay condiciones materiales para la cultura, no puede haber cultura; por lo tanto no hay que molestarse en indagar si la hay. Una tercera dificultad se añade a las anteriores: la cultura que se produce en los barrios es heterogénea respecto de la que posee la ciudad. La cultura de los barrios es mestiza (en sus diversas combinaciones), no es meramente occidental como la de la ciudad, aunque contenga muchos elementos occidentales. Desde el etnocentrismo del hombre occidental, refrendado por su posición de cultura dominante, ¿cómo tener ojos para ver algo distinto, si además surge entre los dominados? Hay, por fin, una cuarta razón que complica definitivamente el panorama confundiendo y despistando al observador: en el barrio se dan ciertamente muchos elementos de cultura campesina y cada vez más se consume no sólo la cultura propia de la ciudad sino la cultura específica que los medios de masa crean para consumo del barrio. Quien compone para esos seres que considera primitivos y desgarrados, infantiles y tan permeables a lo que se produce desde arriba y sin amor ¿cómo va a estimar a los habitantes de los barrios como seres culturales?

Se podrá discutir hasta qué punto define más a un habitante de barrio su condición de marginado o la de explotado o la de en vías de desarrollo. Pero en cualquier caso es o un participio pasivo o uno que viene de la noche del tiempo hacia nosotros descontando febrilmente camino. Nunca, un sujeto activo con sustancia propia, un sujeto cultural.

#### Balance

Estamos de acuerdo con lo que afirma la cultura dominante; pero no con lo que niega. Es cierto que el habitante de los barrios es un marginado del mundo moderno que busca desesperadamente no sólo

entrar en ese mundo sino poseer su secreto. Es cierto que es un explotado en el mercado de trabajo y un discriminado en la asignación de los recursos del Estado y de sus servicios, en la configuración social, en la administración de la ley y en la actuación de los cuerpos de seguridad. Y que en el fondo de su corazón no acepta esta situación, anhela una liberación y avanza lo que puede en los espacios que le quedan algo más libres. Pero no es sólo un rezagado o una víctima. Su dinamismo no se dirige únicamente a adaptarse al orden vigente o transformarlo a su favor. Quien así padece y actúa, lo hace desde su condición de ser cultural. Vamos a tratar de mostrarlo.

### 2. LA NOVEDAD HISTORICA DE LOS BARRIOS

#### Las grandes migraciones

Empezaremos por un marco teórico que podría ser prescindible, pero que nos parece conveniente explicitar. Se trata de preguntarnos en qué edad está nuestro tiempo histórico. Nuestra respuesta es que estamos entrando en una época nueva. La historia de Venezuela (como la de otros países de A.L.) se dividiría en tres épocas: La primera sería obviamente la amerindia. Tendríamos que considerarla como una época internamente diferenciada, tanto que la conquista española fue también guerra "civil". En el caso de Venezuela son los arawacos los que, sintiéndose amenazados por los caribes, se alían con los españoles, y son los caribes emergentes quienes llevan el peso de la resistencia (por regla general). La segunda época es la de los españoles, también con tensiones internas, que dan lugar a dos períodos sucesivos: el primero, que va hasta la Independencia, está bajo la supremacía de los españoles europeos, el segundo está regido por los españoles americanos (criollos). La tercera época se abriría con lo que (con tanta razón como en Europa) podemos calificar como las grandes migraciones, fenómeno latinoamericano que tiene un primer impulso en la década de los 30, pero que se vuelve vertiginoso e incontenible después de la 2ª



Guerra Mundial. Entre nosotros al principio gira alrededor del petróleo y con la caída de Pérez Jiménez se vuelca sobre Caracas, Maracaibo y Valencia hasta alcanzar a otras ciudades. El fenómeno está condicionado por un sistema de tenencia de la tierra y unas condiciones técnicas anacrónicas (la Reforma Agraria necesitaba disminuir drásticamente la presión campesina sobre la tierra); pero más que a la necesidad y opresión (fenómenos inveterados) obedece a un formidable despertar de las masas campesinas. En nuestro país fueron los modernos partidos de masas quienes contribuyeron a dar conciencia y canalizar este formidable impulso y en un primer momento a estimularlo.

Pero el impulso resultó arrollador. El orden establecido carecía de recursos y capacidad para integrar a los migrantes y así las migraciones enseguida tomaron la forma de "invasiones" (así las percibieron también en aquel entonces en "Europa") que la Guardia Nacional y las policías no podían contener. Como otrora las tribus, en muchos casos (donde lo permitía el terreno) el suelo se loteaba y de la noche a la mañana surgía el barrio completo, hasta con sus calles trazadas en damero a la usanza colonial. Pero éstas no eran tribus previamente estructuradas y compactadas. Eran conglomerados de familias provenientes de los cuatro costados de la por entonces invertebrada Venezuela. Eran gentes muy distintas entre sí, que hasta

entonces no habían entrado en contacto y que llegaban sin ser llamados ni recibidos, acuerpados frente al exterior, pero entre sí desconocidos y recelosos, competidores ante la escasez. Al principio pudo más la necesidad de ayudarse para sobrevivir y lograr servicios mínimos. Allí se fueron fraguando poco a poco relaciones, pautas, prestigios.

### Intermediarios

Poco a poco, como intermediarios del gobierno frente a los barrios, fueron entrando los partidos y estableciendo sus comités. Este fue el punto en que convergieron dos dinámicas: la del barrio por constituirse desde sí y la del partido (que comandaba al Estado y era representante del orden que se estaba estableciendo) por canalizar la vitalidad del barrio según los lineamientos de la democracia que pugna por afianzarse. Lo peculiar de nuestro caso es que el partido se naturalizó pronto en los barrios y así la

doble dinámica se internalizó en muchos habitantes de los barrios y en el barrio como tal. Subsistió, la doble dinámica porque por una parte el partido, aunque lenta y tacañamente, cumplía (sobre todo para sus peones), pero por otra parte resultaba tan insuficiente que el grueso de la tarea quedaba librada a la creatividad personal. Porque tampoco había empleos ni personal especializado para cubrirlos. Si los puestos de trabajo aumentaban en progresión aritmética los solicitantes lo hacían en progresión geométrica. Sin embargo la renta del petróleo en manos del Estado, la amenaza del modelo cubano y la existencia de la guerrilla y la perspicacia del Estado populista hicieron posible que los migrantes aceptaran plenamente que era posible ir logrando satisfacción a sus demandas sin desbordar los cauces legales sino dentro de un orden que se establecía contando con ellos y considerándolos incluso como uno de los pilares sobre los que se sustentaba. Así lo consideraban también ellos. Pero eso no abolía la distancia entre la ciudad y el barrio. El sistema político abarcaba a ambos y por eso no hubo en este punto antagonismo. Pero a nivel material el contraste saltaba a la vista. Al principio esa brecha era palpable para todos. Para los de la ciudad el barrio era la amenaza que trataban de conjurar. Para los del barrio la ciudad era el sueño inalcanzable y el contraste hiriente que los humillaba. Luego los de la ciudad, al ver

que no pasaba nada, se acostumbraron, y la brecha y el sefuelle y la herida quedó sólo para los del barrio.

Sin embargo, además del partido, otros sólidos puentes impedían que la brecha se convirtiera en abismo que amenazara al sistema: fueron la educación y el empleo. Y los dos estaban ligados, en la realidad y más todavía en las expectativas. La educación de los hijos había sido una de las palancas más fuertes para catapultar al campesino a la ciudad ya que el mito más arraigado del sistema es que la educación es el camino para la igualdad social: el que se faja a estudiar puede ser doctor y entrar a la ciudad hasta el santuario mismo en que ella se forja. Nosotros no somos una oligarquía (como Colombia) ni una sociedad birracial (como los países Andinos). En Venezuela a quien demuestra capacidad y talento se le abren todas las puertas. La educación tenía la expectativa al futuro y así ayudaba a encajar penurias y frustraciones presentes. Pero ya en el presente el trabajo, que se iba tornando fijo y algo especializado, también llevaba a internalizar una gran cantidad de pautas y a contener muchos impulsos. También a convivir con gentes de la ciudad teniendo que acatar su supremacía.

La mediación efectiva del partido, la educación y el trabajo tiene por fin establecer como horizonte global de los habitantes del barrio la integración a la ciudad. Lo fundamental no era la integración efectiva (imposible para todos) sino que la esperanza de lograrla retuviera en el horizonte del orden establecido de modo que los migrantes no crearan su propio horizonte.

En Venezuela este intento de la ciudad fue relativamente exitoso: por una parte la renta petrolera en manos del Estado populista permitía un cierto flujo social, y por otra la burguesía necesitaba para constituirse y expandirse del talento y afán de superación de estas gentes nuevas. De este modo un número significativo de pobladores de barrio, convertido en "fuerzas vivas" del sistema consagró el mito de la permeabilidad social y de las posibilidades de realizarse en el sistema. Por otra parte el drenaje continuo que el barrio sufría de muchos de sus elementos más dinámicos era devuelto al barrio por la propaganda oficial como desvalorización: los de los barrios no sirven, no valen, no pueden, no son.

### Heterogeneidad

Pero a pesar de todo lo dicho, el barrio no pudo ser asimilado por la ciudad. Eso no llegó a suceder ni en las condiciones

tan favorables (económicas, sociales y políticas) que tuvo nuestro país hasta la presente década. Mucho menos podía pasar en otros países hermanos. Las guerras civiles que desangran a Colombia, Perú, El Salvador o de otro modo a Chile eso expresan: Una tremenda fuerza histórica que en vano intenta ser negada, que no puede ser aplastada. Cada caso tiene sus especificidades y la realidad es siempre muy compleja y no se reduce a un vector. Pero creemos que es indudable que el susodicho es el principal. Apostar por la corta negándose ciegamente a reconocer las fuerzas históricas sólo conduce al suicidio. Por las mismas fechas, la ilustración liberal y la socialista cayeron en la misma ilusión: la primera pensó que el desarrollo lograría integrar a las masas; la segunda se creyó su guía iluminado para someterlas a su pretendida vanguardia. El pueblo rompió los diques del desarrollo, absolutamente incapaces para contenerlo, y no escuchó las voces de los revolucionarios, que eran al fin y al cabo de la ciudad.

Seríamos ilusos si cediéramos a la impresión de normalidad. Claro que hay relaciones entre el barrio y la ciudad. Claro que en el barrio hay el ansia de integrarse, claro que la propaganda y la ideología se asientan fuertemente en la mente, la imaginación y el corazón de los habitantes de los barrios y lastran también sus bolsillos exangües. Pero en el barrio también se incuban otros fermentos y germinan otras aspiraciones. Además no hay lugar físico ni puestos en la ciudad para la mayor parte de los habitantes de los barrios. Esto lo saben sobre todo quienes hoy se levantan en los barrios y no conocieron otra realidad, quienes están previendo que les espera (proporcionalmente) la misma estrechez que conocieron sus padres en el campo, pero ya sin ningún espacio libre a donde proyectarse. Ya no se podrá invadir. Tan sólo conquistar. En los ejércitos del Imperio Romano sirvieron por largo tiempo los bárbaros, que durante muchos años contuvieron a sus hermanos ¿Cuánto durará ese tiempo p.e. en el Perú?

Si hoy el barrio no se reduce a su condición de satélite de la ciudad menos aún lo será mañana. Si hoy la ciudad no reconoce al barrio su entidad sustantiva y no entra en alianza con él, no quedará más horizonte que la masacre. Pero para que no suceda, la ciudad debe reconocer al barrio su condición de agente histórico; debe hacerlo lealmente porque en ello le va la vida y para eso debe renunciar a la pretensión de dirigirlo, de manipularlo, de reducirlo. Pero eso no será posible si no redescubre en el habitante del barrio a un pro-

ductor cultural.

### 3. LA OBSESION, PARIDORA DE VIDA HISTORICA

#### La obsesión como conato

El núcleo más hondo que constituye a muchas personas de los barrios en agentes culturales y más aún en seres espirituales es algo que designo con el nombre de obsesión. No tiene que ver con la terquedad como rasgo de carácter. Es el conato agónico que tiene por objetivo y contenido la vida digna. Es conato porque es acto persistente, que se pone una y otra vez, que no cesa y que si es vencido o desmaya vuelve de nuevo a proponerse. Es agónico porque el intento no tiene lugar para desarrollarse sino que tiene que hacerse lugar. En el orden establecido no hay lugar para la vida digna de la mayor parte de los pobladores del barrio: ni espacio material, ni condiciones de trabajo, ni reconocimiento, ni servicios... No es que meramente no haya lugar sino que el orden establecido declara positivamente que no lo hay: que está de sobra, que mejor se va, que no encontrará trabajo, que no tiene los requisitos mínimos para casarse, que es una irresponsabilidad que traiga hijos al mundo, que ya no hay cupo en los hospitales ni agua ni luz para él ni escuela para sus hijos, que es un parásito, que debe irse para otra parte. Es decir que la vida le es positivamente negada. Se ve privado de ella. Pero él la afirma. La afirma hora a hora y palmo a palmo. Forcejeando sin tregua. No puede bajar la guardia. Si deja de actuar muere de inanición o de enfermedad o de muerte violenta. Si la obsesión no funciona como horizonte vital no hay vida.

No sucede así con el habitante de la ciudad. Claro está que él también tiene que esforzarse. Pero va a favor de la corriente: no sólo que su esfuerzo personal es retribuido profusamente por el sistema sino que puede descansar porque su barco sigue navegando en el río social. Esta diferencia es tan radical que es casi imposible percibirla desde el orden establecido que por eso moteja de vagos e irresponsable a los habitantes de los barrios, sin sospechar siquiera la tensión insomne que deben mantener para persistir en la vida. Sólo que la obsesión como conato se convierte en hábito y de ahí la impresión que producen de naturalidad, incluso de desahogo.

#### La obsesión como lógica

Pero la obsesión tiene también su pro-

pia luz, su propia lógica, una lógica absolutamente recalcitrante a la del orden establecido (ahí radica su fuerza), pero un horizonte que abre al pensar la posibilidad de pensar la realidad. Por eso es acto primero. Sin obsesión el pensamiento lo es sólo del orden establecido, bendiciéndolo o maldiciéndolo, pero teniéndolo por confin irrebalsable. Sin obsesión sólo cabe la resignación al orden establecido identificado como realidad. Es la claudicación impotente a comprender y a transformar. Es falta primordial de ética. Pero gracias a la obsesión los habitantes de los barrios, tan dóciles en tantas cosas a las prédicas de los líderes, no ceden en lo fundamental. Donde les dicen que ya no es posible, ellos siguen pensando que sí hay posibilidad y a esa posibilidad (que desafía estadísticas y campañas propagandísticas) apuestan sus vidas.

Sin embargo el habitante de la ciudad, aunque se concientice y llegue a establecer la diferencia entre el orden establecido y la realidad, sólo mediante una práctica solidaria que alcance a comprometer los ejes estructurales de su vida, puede poner en funcionamiento esa diferencia, más allá que saber de ella. Lo normal es vivir en el orden establecido y en su lógica aceptándolos en la práctica como la realidad y sus posibilidades.

#### Obsesión y dignidad

Ahora bien, la obsesión como horizonte vital y mental tiene por fin, declamos, no sólo la vida sino precisamente la vida digna. Esta especificación primordial engendra un estilo que a la corta hace mucho más difícil la tarea de mantenerse en vida, pero que a la larga lo posibilita y es la causa de la serenidad y solidez de estas personas. No hay que hacerse ilusiones: la aglomeración y la escasez de servicios hace casi inevitable que unos vecinos molesten y estorben a otros. La vivienda inhóspita es proclive a la ausencia prolongada del varón. La estrechez de la habitación propicia la promiscuidad. La frustración, el machismo y el maltrato. Todo conspira a la inestabilidad. En el barrio se vive a veces una guerra sorda y despiadada. Es patente que hay personas que parecen fieras que se abren paso en la vida a dentelladas y otras (o las mismas) que semejan bestias degradadas a merced de los más bajos instintos. Hay gente que se pierde: bien porque se desvía, bien porque ya no pudo más y se echó a morir; otros murieron antes de tiempo por enfermedades de pobres o víctimas de la violencia. Hay bastante gente, pues, que se queda por el camino. Otros

emplean ese enorme impulso para salir a como dé lugar. No lo llamamos en este caso obsesión porque el paradigma que funciona como realidad es el orden establecido y el conato se dirige meramente a asimilarse a él. No pocos con enormes virtualesidades emprenden este derrotero y logran su objetivo.

Pero en muchas personas de los barrios, aun de éstas que acabamos de mencionar, la obsesión va en procura de la vida digna. Para no pocos malandros o que abandonaron el hogar o traicionaron a un compadre o que realizaron o incluso realizan habitualmente actos que los avergüenzan, la dignidad y el respeto distan mucho de ser palabras vacías. Normalmente para estos habitantes de los barrios siguen siendo no sólo su ideal sino incluso su horizonte, negado tantas veces e inalcanzable, pero al que se remiten en otras, y de ahí tantos contrastes y hasta tantas reservas de inocencia en esas vidas rotas. Con mucha mayor razón podemos decirlo de personas que, habiendo entrado a la ciudad, nunca dieron la espalda al barrio sino que consideran su vida en él como memoria apreciable y fuente de inspiración y comprensión. Si también lo es de solidaridad podemos concluir que aún las anima la obsesión.

Sobre todo es frecuente el volver sobre sí, el reponerse una y otra vez hasta ir alcanzando una congruencia. Más que una coherencia y fidelidad no desmentidas muchas personas van tanteando hasta edificar una trayectoria que se convierte en pauta, valor experimentado, camino propio, fidelidad como punto de llegada. Este es un modo frecuente como la obsesión, en la ausencia de pautas establecidas y en el caos de la necesidad impostergable y la incitación al mal, va labrando la vida con calidad humana.

Pero en el barrio existen también personas que saben como por instinto que la dignidad es su mayor tesoro y se respetan y se hacen respetar; que luchan denodadamente en la vida, pero con la fuerza tranquila que da esa conciencia de bien. No son de ningún modo excepciones, funcionan por el contrario como paradigmas porque objetivan ese horizonte secreto y compartido, ese anhelo de tantos corazones. Por eso el clima espiritual del barrio para quien lo puede saborear desde dentro, traspasada la fachada estridente, deprimente y aun sombría, es más bien desarmado, sensible, incluso tierno y hasta sentimental, es un clima hospitalario y solidario en el que se dan a diario actos heroicos de callada generosidad. Pero eso no sucede como rasgo cultural ("esa gente es

así, son sus costumbres, su modo de ser") sino como conato y conato agónico, intento a contracorriente en el que se va la vida. Aunque, como conato persistente que es, llega a convertirse en hábito, y de ahí esa naturalidad y aun facilidad engañosa que puede convertirse en malentendido para el observador que no es capaz de indagar los entretelones de ese ambiente.

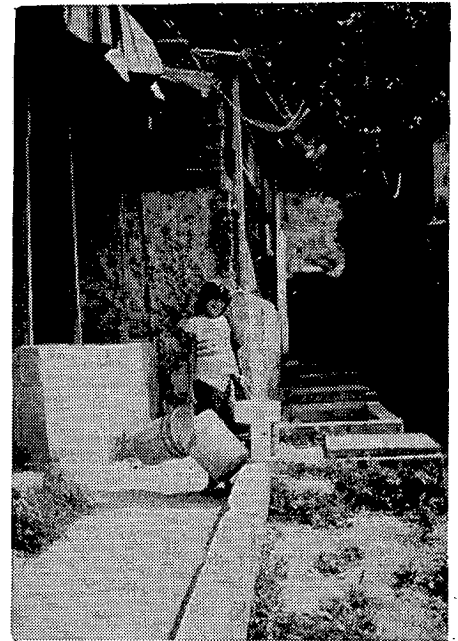
### La casa

La dirección de la obsesión es eminentemente constructiva. Por lo general no acepta el dilema de la vida o la dignidad. Aspira a como dé lugar a una vida digna. Aunque no pocas veces perezca en el intento, el martirio nunca es un ideal. Si sucede, se honra al testigo; pero se cuenta con la astucia y el sentido de oportunidad para lograr, forzando con tino el tiempo, sus objetivos.

El objetivo más palpable e inmediato, la primera concreción de esa vida digna es la casa. Se aspira a tener una casa y se trabaja durante décadas, en realidad toda la vida, para construirla, consolidarla, ampliarla, humanizarla y hasta adornarla. Muchas veces no se logra al primer intento: hay que desplazarse y recomenzar una y otra vez. La casa obviamente es autoconstrucción. Y aquí viene el soñar y el aprender. Imaginar qué es lo que quiero y capacitarme para hacerlo posible y realizarlo. La obsesión permite soñar: al abrir el campo de lo posible le lleva a uno a dibujar en él su sueño, a acariciarlo, a perfilarlo cada vez más, pues es una libertad situada.

De ese deseo y no sólo de la necesidad nace la capacitación. El conuquero o peón de hacienda se atreve a decir que sabe para conseguir empleo porque sabe que es capaz de aprender, que tiene voluntad y que aprenderá, si el trabajo le cuadra. Y en efecto va aprendiendo. Quien más quien menos todos acaban siendo algo de albañiles, algo de mecánicos y algo de electricistas, y bien en una de estas ramas, bien en otras poco a poco adquieren alguna especialización más o menos acabada. De este modo el trabajo es a la vez medio para tener plata para hacer la casa y capacitación para hacerla. Pero es más todavía ganarse el derecho a habitarla dignamente: quien tiene la casa es alguien. Volveremos sobre este punto.

Pero antes es necesario decir que construir la casa es simultáneamente fundar familia. La casa es el símbolo de su perdurabilidad. Y también en esta acepción construir una casa no es una empresa que se logre fácilmente. No es normal que se



logre a la primera. Falta experiencia, no sólo propia sino ajena. Todos están comenzando y no se conocen a sí mismos ni por lo tanto a los demás. Hay impulsos áccuciantes, se está haciendo todo al mismo tiempo y entre tantas tensiones es la familia la parte más débil, sobre todo la mujer. Tanto las frustraciones como los ascensos se convierten en fuente de inestabilidad. Porque en este primer momento no es frecuente que los esposos, además de procreadores y pareja sexual sean compañeros. Sin embargo con los años se aprende lo que es la vida. Y al fin queda la casa con su familia dentro. Uno ha sido capaz de construir casa y fundar familia: es gente que merece respeto.

### Interacciones

Mientras se nace al mundo del trabajo urbano y se planta la casa y la familia también hay que contribuir a la normalización del barrio: a su equipamiento físico y más aún a su constitución como espacio humano, como vecindario. Ambas tareas están obviamente relacionadas, pero la segunda es más compleja y de largo alcance. Nacer al trabajo es sentido simultáneamente como castración y como cualificación. Castración al pasar de ajustarse para hacer una tarea al horario fijo y el trabajo en cadena y rutinario. Cualificación por su componente técnico y por ser de la ciudad. Pero uno nace a un mundo ya hecho. La casa y la familia exigen sin embargo cotas de creatividad mucho más radicales. La casa del barrio no puede tener ni los materiales ni la disposición de la casa rural. Y la familia que se levanta no sigue ya

las pautas consuetudinarias. Pronto se descubre que el atractivo físico no da demasiada estabilidad. La familia como unidad de producción económica como fuente de estabilidad no puede trasladarse mecánicamente al barrio. Hay que crear, inventar funciones y relaciones.

De este mismo proceso forma parte el establecimiento de pautas y la formación de relaciones en el barrio. En el barrio no está ni el hacendado, ni el jefe civil, ni los viejos y sus costumbres, ni las tradiciones, ni siquiera el cura. Tampoco el poder coercitivo de la Guardia Nacional. Y cada quien viene de tradiciones diversas. El barrio se convierte en un laboratorio social en el que a través de innumerables tanteos, forcejeos, experiencias exitosas y fallidas se sale del aislamiento y el recelo y se van anudando relaciones de ayuda mutua, de descanso y diversión, de compadrazgo, de cacicazgo, de liderazgo... Hay cuestiones que el barrio ve mal, otras que tolera, otras que aplaude, otras que secunda. Es apasionante seguir el rastro de las interacciones para descubrir cómo se fundan estados de opinión, sentencias que decantan la experiencia, hasta verdaderas pautas con premios y sanciones. Esto, de un modo extremadamente fluido, ya que no hay órganos de autoridad y poder establecidos y reconocidos por todos.

### Personajes y personas

Pero la creación llega a su máxima expresión y a su centro más hondo en la creación que cada quien debe hacer de sí mismo como personaje como camino para constituirse como persona. En efecto si no están constituidas las relaciones es porque no están definidas las personas. Aunque también es cierto que las personas se constituyen por las relaciones que entablan y en las que se ven envueltas. Los campesinos se hacían adultos invistiendo paradigmas ya dados. Aunque siempre cabía la impronta personal, el toque individualizador, sin embargo cada modelo ya estaba rigurosamente codificado por la tradición. Por eso lo primero que tiene que preguntarse una persona que deja el campo a las espaldas es quién quiero ser yo. Y entonces viene el proceso de construcción del propio personaje. Esta imaginación como es creadora no admite fantasías irrealizables, aspira ante todo a la plausibilidad. Pero también, a la gratificación del sujeto: ha de ser un personaje apetecible, por el que merezca la pena luchar, algo digno de tanto esfuerzo como costará elirlo materializando. Si uno decide ser un personaje tiene que cargar con él las 24 ho-

ras del día, si no nadie lo tomará en serio. Y esa carga a veces resulta tan excesiva que uno tiene que redimensionar el personaje o incluso trasladarse a otro lugar para poder comenzar de nuevo con más fortuna. Aunque otras veces es el éxito de un rasgo secundario el que lleva a insistir en él hasta convertirlo en el dominante y convertirse en ese tipo que uno no pensó en principio.

Este carácter de personajes convierte a los habitantes de los barrios en paradigma de la modernidad. Característica del Occidente desarrollado es en efecto entender y realizar la vida como proyecto. Pues bien, es esto lo que en el barrio está exacerbadamente hasta límites absolutamente desconocidos por el orden establecido. Establecimiento significa precisamente estructuración: el campo social se encuentra completamente señalado antes que cada individuo comience el juego. En el barrio se inventa a la vez el juego, las normas y las figuras que acabarán por convertirse en pauta.

De ahí el carácter retórico que revisten las figuras y las relaciones. Todo está impostado, tiene la artificiosidad del ensayo, de la pretensión, de la estilización. Ya que los papeles son bien recientes y cada quien se esfuerza por aparecer convincente, desde luego que ante los demás, pero más aún ante sí mismo. Esto se observa en los ademanes, en el vestuario, en el lenguaje. El recibo de la casa, generalmente entreabierto, con su tresillo y sus adornos y tan heterogéneo del resto de la casa es la metáfora habitacional de esta voluntad de comenzar por componer el semblante, un semblante acogedor y risueño donde se realizan los primeros intercambios con una disposición favorable, en un ambiente que uno domina y que a la vez lo manifiesta y lo oculta, es decir manifiesta lo que quiere expresar y mantiene en la penumbra lo demás.

Algunos de estos personajes ya estarían bastante perfilados. Serían: el fundador, el líder, el cacique, el malandro, el que aconseja, el que tiene habilidad para arreglar las cosas y sacar de apuros, el que tiene contactos con la ciudad y puede pasarle a uno buenos datos, el bodeguero, el estudiante, la señora que sabe rezar, el músico, el policía... Naturalmente que la mayor parte de los personajes no están tan perfilados, suelen ser bastantes heteroclitos, contradictorios si se los compara con parámetros exteriores, pero congruentes con la realidad del habitante del barrio que se caracterizaría por estar entre, además de estar con y mucho más que estar en.

No pretendo que todos los personajes del barrio estén derechamente abocados en procura de la vida digna. Hay otros impulsos que a veces los desvían o distorsionan profundamente. Pero sí es cierto que el afán de vida digna se agita en todos ellos y que aun el malandro tiene frecuentemente (si es "buen" malandro) su propia dignidad. Y sobre todo creo que es innegable que el mismo mecanismo de hacerse un personaje hasta constituirse en persona está inspirado por el ansia indomable de ser alguien y ser alguien de respeto. Aunque como todo lo humano sea susceptible de desviaciones, el mecanismo tiene por meta llegar a ser humano y llegar a serlo desde la humanidad no reconocida ni por la ciudad ni por el propio barrio. La obsesión hace concebir la necesidad y el deseo de llegar a ser humanos en el caos y a través del personaje lo va haciendo posible y realizándolo.

### Simultaneidad

Pero la necesidad de la obsesión queda patente si consideramos que todo el proceso descrito debe ser realizado simultáneamente. Que mientras uno va orientándose en la ciudad y aprendiendo un oficio y construyendo casa y familia y relacionándose y ensayando su propia figura también tiene que acarrear recursos para subsistir. Mientras se consigue un empleo se tiene que comer, mientras se consigue una casa se tiene que cobijar, mientras uno se consigue consigo mismo se tiene que relacionar. Bien o mal pero todo tiene que hacerse a la par y sin ayuda de nadie, o de repente con ayudas, pero que también han de ser conseguidas y a veces a altísimos precios. Y a veces no se tienen los documentos ni certificado de trabajo ni recomendaciones ni dinero para el transporte para ir a buscar trabajo y arreglar los papeles. Y mientras tanto hay que comer y vestir y dormir... Ahí es donde no cabe más que la obsesión indomable o la muerte. Y para la mayor parte de los habitantes de los barrios la obsesión triunfa sobre la muerte, aunque en ese conato agónico se vaya toda la vida que se pierde para ganársela.

Ellos fueron quienes le enseñaron a García Márquez "que las obsesiones dominantes prevalecen sobre la muerte, y volvieron a ser felices con la certidumbre de que ellos seguirían amándose con su naturaleza de aparecidos, mucho después de que otras especies de animales futuros les arrebataran a los insectos el paraíso de miseria que los insectos estaban acabando de arrebatárles a los hombres".